

MIGRACIONES DEL LATINOAMERICANISMO

POR

MABEL MORAÑA
University of Pittsburgh

1. PLANTEAMIENTOS

Migración, nomadismo, y reterritorialización parecen ser algunos de los tópicos más recurrentes en la crítica actual. Los mismos son con frecuencia utilizados de manera directa, para hacer referencia a fenómenos sociales y culturales vinculados con la movilización humana más allá de límites nacionales o regionales. En otros casos, esos términos son aplicados, por extensión, a campos conceptuales, disciplinarios o ideológicos que pretenden dar cuenta de aquellos fenómenos. Así, es frecuente encontrar, en los más variados contextos, alusiones al “sujeto migrante”, las “disciplinas nómades”, o la (des) (re) territorialización de individuos o nociones que, desprendidos de su arraigo originario, pasan a articularse a parámetros *otros*, posibilitando, desde su nueva localización, procesos de resignificación que en muchos casos se revelan como más adecuados a la interpretación de la cultura actual.

Sin duda alguna, esa renovación léxico-conceptual apunta a cambios profundos en el saber académico, en el ordenamiento profesional (institucional, educativo) y, principalmente, en las realidades analizadas. De hecho, hace ya tiempo que la crítica latinoamericanista ha registrado el descaecimiento de nociones que fueran, hasta la década pasada, centrales a este campo de estudio. En efecto, los ejes principales que articulaban el latinoamericanismo han hecho crisis sobre todo a partir de los cambios que cuestionaran los principios y alcances de la modernidad y cancelaran la vía socialista como alternativa viable para el futuro próximo de América Latina, dejando el horizonte de la globalidad como el más visible e inquietante tanto a nivel económico como cultural. Algunos de los niveles en los que se efectúan las transformaciones más profundas a que estoy aludiendo son los que se vinculan a la noción de *identidad* como principio fijo y operador político-ideológico de proyectos nacionales, al concepto de *sociedad civil* como arena en la que se dirimen las prácticas simbólicas de una comunidad entendida como totalidad orgánica y territorialmente asentada, a la idea de *ciudadanía* como disciplina de articulación social basada en las nociones de consenso y participación democrática, y a la comprensión del *Estado* como núcleo de procesos de institucionalización y gestión político-cultural.

La activación de sectores sociales articulados horizontalmente, con agendas que atraviesan las jerarquías de clases, así como la reducción de las funciones del Estado sobre

todo por la implementación de políticas neoliberales basadas en la descentralización y la expansión transnacional de mercados en los que circulan tanto mercancías materiales como bienes simbólicos, han posibilitado formas de *afiliación* social, cultural y política que cancelan las formas tradicionales de (auto) reconocimiento identitario, y movilizan los posicionamientos de poder (hegemónicos, marginales o subalternos), creando flujos sociales no previstos desde los horizontes marcados por el ordenamiento modernizador.

Concomitantemente, los reacomodos económicos y políticos que vienen dando como resultado procesos de globalización y acuerdos regionales de intercambio económico (NAFTA, Mercosur), favorecen fenómenos de integración y transnacionalización nunca registrados con tal alcance y profundidad en el contexto que nos compete. La crítica al colonialismo que se activa a partir de la década de los '60, se vincula sin duda estrechamente a una *crisis de representación* que alcanza los dominios del conocimiento —con particular efecto sobre los *area studies*— que el fin de la guerra fría contribuiría a desdibujar a partir de estrategias mucho más *trans* que *inter*-disciplinarias. Estos trasvases no podían dejar intacto el objeto estudiado, que es, de alguna manera, “producido”, reinventado, de la manera en que había sugerido Barthes, hace ya tantos años, cuando indicaba que el verdadero trabajo interdisciplinario consistía no en enfrentar, en torno a un objeto de estudio, disciplinas ya constituidas que en realidad no quieren renunciar a sí mismas, ni en convocar en torno a un tema dos o tres aproximaciones científicas distintas. Según Barthes, la verdadera práctica interdisciplinaria consistiría, más bien, en *crear un nuevo objeto que no pertenece a ninguna de aquellas disciplinas* (Barthes, *mi traducción*, 98). A algunas de estas invenciones, a sus reclamos de legitimidad y al espacio del latinoamericanismo como *lugar del deseo*, es que se refieren estas notas.

2. PREGUNTAS MIGRANTES

¿Cómo se interconectan las transformaciones sociales, económicas y políticas antes aludidas a nivel cultural, y cómo se traducen en el terreno específico del latinoamericanismo, siempre disputado, reclamado o relegado por disciplinas y campos culturales, a partir de las más diversas agendas político-ideológicas? ¿Qué fuerzas tensan hoy la trama problemática del latinoamericanismo y por qué rutas se disparan las fuerzas que construyen, deconstruyen y reconstruyen históricamente ese campo? ¿Cómo se redefine la función del productor y del crítico cultural en una arena polarizada falaciosamente entre las seducciones universalistas de la teoría y los requerimientos del pensamiento histórico, que exige reivindicaciones, descolonizaciones, relecturas, siempre apegadas a los avatares de la peripecia —del paraticularismo— continental? ¿Qué papel juega la lengua en estos reacomodos políticos, culturales y disciplinarios?

Para intentar aproximarme a esas preguntas, con el título de “*migraciones del latinoamericanismo*” quiero hacer referencia a la reformulación que ese campo de estudio está registrando como efecto de desplazamientos humanos, rearticulaciones disciplinarias y movilizaciones ideológicas que lo reconfiguran día a día, conceptual y metodológicamente. O sea que utilizo el concepto de *migración* para enfocar el traslado que resitúa individuos y culturas a través de fronteras, así como para hacer referencia a prácticas culturales y redefiniciones profesionales que existen *en fuga* con respecto a ese campo, con el cual mantienen una relación a la vez de ruptura y de continuidad.

No se me escapa que la alusión al latinoamericanismo como a un espacio en el que se registran movimientos centrífugos implica la idea de que ese campo posee una existencia definida anterior, y que es a partir de ese horizonte relativamente estable que pueden reconocerse los cambios a los que haré referencia. No es mi intención afirmar aquí, con excesivo énfasis, esa existencia *a priori* ni entenderla de ninguna manera como un terreno fijo e incambiable de exploración y análisis. Deseo, sin embargo, asumir, al menos como hipótesis de trabajo, que la referencia al latinoamericanismo designaba, por lo menos hasta hace unas dos décadas, un espacio que comprendía, en sus distintas manifestaciones, el estudio de culturas anteriores y posteriores al “descubrimiento” que iniciara la historia colonial de América Latina. Esas culturas se estudiaban en sus manifestaciones *in situ*, tal como éstas se registraban dentro de sus parámetros territoriales, aunque ese estudio se realizara dentro o fuera del espacio geocultural latinoamericano.

Pero esta *unicidad relativa del campo* —un campo que compromete muchas lenguas, tradiciones y proyectos, existentes en más de veinte países y con una trayectoria histórica pre y posoccidental—, unicidad sin duda reductiva y en gran medida homogeneizante y centralizadora, se vio desafiada desde adentro, en diversas instancias de la historia continental. Numerosos movimientos y movilizaciones rebasaron la idea de cultura nacional o continental en distintas épocas, demostrando que más allá de los límites de una modernidad entendida de manera estrecha, esas categorías no alcanzan a dar cuenta de culturas diaspóricas, exilios, o relocalizaciones individuales o colectivas de variada índole, cuya productividad cultural, aún cuando se mantiene vinculada a la tierra de origen y a las alternativas de la historia y la política local, se articula a públicos, lenguas y dinámicas sociales diversos a los propios al desterritorializarse.¹

De las identidades cautivas o desterradas del Cono Sur de los años 70 a las “identidades en el aire” (Sandoval) de Puerto Rico y Cuba, de la des-centralidad estratégica y obligada de Martí a la producción recentralizada de Cortázar o Sarduy, de los exiliados argentinos de la generación del 37 al periplo paradigmático de Flora Tristán, el desplazamiento y el tránsito son connaturales a la constitución del latinoamericanismo, que ha absorbido estas dinámicas, con mayor o menor fuerza y respondiendo a distintas pulsiones político-culturales.² Sin embargo, entender esos tránsitos y esa localización variable, desplazada, como *la condición que mejor representa* al latinoamericanismo, o que mejor caracteriza su posicionalidad enunciativa o político-ideológica, me parece excesivo. El latinoamericanismo no será *solamente*, pero tiene que ser *en gran medida* aquel que reflexiona sobre culturas que se desarrollan dentro de sus coordenadas espacio-temporales nacionales, regionales o continentales, aunque el latinoamericanismo deba admitir, inevitablemente, desplazamientos culturales y posicionalidades variables de reflexión desde las cuales pensar aquellas realidades.³

¹ Sobre los cambios de la sociedad civil en instancias de desterritorialización, ver Yúdice.

² Julio Ramos ha presentado la figura de Flora Tristán como paradigma de una “latinoamericanidad” desplazada y migrante, que reconoce diversos centros, idiomas, y formas de autorreconocimiento (“Genealogías de la moral latinoamericanista”).

³ Hago referencia aquí a otro sugerente aunque, a mi juicio, discutible estudio de Julio Ramos —que expande, en gran medida, las consideraciones de “Genealogías”— el cual fuera presentado como ponencia en el congreso de LASA (Miami 1999). En esta ponencia Ramos proponía la idea del *hotel*

Pero si el latinoamericanismo ha debido absorber las dinámicas de la desterritorialización, tampoco es posible dejar de considerar las enormes tensiones que han caracterizado, también desde adentro, las políticas culturales a nivel continental en las distintas épocas y regiones. Como espacio de articulación multidisciplinaria, el latinoamericanismo se ha sostenido sobre *formas de hegemonía* que han situado tradicionalmente ciertos saberes, lenguas y prácticas disciplinarias (la cultura letrada y criolla, el castellano o el portugués, las ciencias sociales) por encima de otros (los sistemas orales, las lenguas indígenas, los estudios artístico-literarios o comunicacionales), reproduciendo así relaciones de poder existentes más allá de sus dominios crítico-teóricos, en el universo sociocultural analizado.

Así las cosas, las preguntas actuales sobre la reconfiguración del latinoamericanismo deben hacerse cargo, para comenzar, de las tensiones intrínsecas de ese campo, las cuales se derivan, históricamente, de las nociones de cultura nacional, humanista y liberal, compartimentación disciplinaria e inmanencia de saberes autorreferidos, que caracterizaron nuestra modernidad. Demás está decir que ha sido la misma historia cultural y política del continente la que ha asestado los principales golpes a esos pilares del latinoamericanismo moderno. La década de los años setenta, sin ir más lejos, puso a prueba los arraigos vernáculos o localistas, con el desplazamiento violento del exilio político-económico, que desarticuló para siempre la noción de culturas nacionales como asiento de identidades territorializadas, planificadas verticalmente, y comprendidas dentro de los límites político-administrativos que definían la nación-Estado, que naufragaba por las dictaduras. El latinoamericanismo tuvo aquí, quizá, una de sus más significativas *fugas* contemporáneas, en la medida en que una literatura, una pintura, una crítica, una historia, estaban siendo producidas fuera de fronteras, pero como contribuciones directas e imprescindibles a dinámicas interiores, nacional o regionalmente acotadas. Esta realidad, que se registra en muchos otros contextos, es apenas uno de los ejemplos posibles de las fisuras que la historia ha impuesto a nivel continental, fisuras que hacen imposible perpetuar los proyectos utópicos de entender la cultura latinoamericana como unidad orgánica y coherente. Esto, sin contar las tensiones políticas, lingüísticas, ideológicas, que caracterizaron desde sus orígenes a las culturas latinoamericanas, a las que Antonio Cornejo Polar aludiera como totalidades heterogéneas y fluidas, marcadas por una contradictoriedad no-dialéctica.

3. FUGAS

Quiero referirme aquí, sin embargo, a otras direcciones académico-disciplinarias que, vinculadas al campo del latinoamericanismo, y desde muy diversas fronteras y horizontes teóricos, lo rebasan, recortan o problematizan de distintas maneras, proponiendo transvases inéditos o renovados que están ya resultando en una modificación importante de su fisonomía. Se trata, esencialmente, de repercusiones de la crisis de los *estudios de área* para el caso de América Latina, y del advenimiento de direcciones alternativas que buscan su reapropiación teórica a partir de diversos posicionamientos.

(o sea el lugar de tránsito, la zona franca y despersonalizada que acoge al viajero o al intelectual desplazado en su periplo real o imaginario) como el lugar desde donde habla, primordialmente, el latinoamericanismo.

Así es el caso de *Latino Studies*, por ejemplo, un campo conectado con el más general del latinoamericanismo, pero que cambia el énfasis desde la cultura nacional mexicana, cubana o puertorriqueña, hacia las que —teniendo como raíz la historia cultural de esos países— se rearticulan o (re)nacen, territorialmente desplazadas, en Estados Unidos. La fuerza ideológica de Latino Studies surge, justamente, de los efectos de esta desterritorialización, y de la condición relocalizada de la población latina en Estados Unidos (desplazada tanto de la tierra de origen como del espacio de una ciudadanía de primera clase en este país). Nutrido con el impulso que llega de campos afines (*Border Studies*, *Ethnic Studies*, etc.) Latino Studies se dispara del campo latinoamericano hacia nuevos territorios culturales, sociales, disciplinarios, reteniendo de aquel la vinculación cultural con la lengua (hibridada ahora por su contacto con el inglés), la historia y la tradición derivada del colonialismo español, pero agregando a ésta la condición nuevamente transculturada que resulta de migraciones y condensaciones poblacionales en tierras inicialmente fronterizas (entre México y US, por ejemplo) y luego conquistadas a través de dinámicas sociales y económicas complejas a todo lo largo del territorio estadounidense.

Una mirada a algunos de los libros que marcan el terreno ideológico y disciplinario de este campo de estudios permite percibir que el énfasis principal está situado en la articulación de la cultura latina dentro del espacio geocultural estadounidense, o sea en la voluntad de establecer “mapas cognitivos” que permitan rebasar una lectura nacionalista fijada en localizaciones a partir de las cuales se “produjeron” tradiciones, lenguas o memorias históricas reconocidas como “originarias”. José David Saldívar ha realizado en *The Dialectics of Our America* el esfuerzo por revisar las genealogías cruzadas del Norte y el Sur, vinculando la hibridez con el entre-lugar (*betweenness*) que constituye parte de la localización identitaria del discurso latino en Estados Unidos. Se refiere así a las “hybrid appropriations and resistances that characterize the travel of theories and theorists who migrate between places in our ‘First’ World and ‘Third’ World” (xvii). El propósito de Latino Studies y particularmente de los análisis de culturas fronterizas que ejemplifica su libro *Border Matters. Remapping American Cultural Studies* es, según Saldívar:

to show how to treat culture as a social force, how to read the presence of social contexts within cultural texts, and how to re-imagine the nation as a site within many ‘cognitive maps’ in which the nation-state is not congruent with cultural identity. (*Border Matters*, ix)

Aunque el proyecto desafía, como parte de su agenda, el concepto nacionalista de territorialidad como asiento de las identidades fluidas e híbridas que constituyen el objeto de estudio de Latino Studies, la homogeneidad sociocultural que trata de problematizarse es, primariamente, la de Estados Unidos. En palabras del mismo autor, “*Border Matters* puts forth a model of a new kind of U.S. cultural studies, one that challenges the homogeneity of U.S. nationalism and popular culture” (ix), lo cual constituiría, podría alegarse, una nueva reterritorialización en la que las nociones de límite (frontera) y pertenencia (autorreconocimiento identitario) se refuncionalizan. En consecuencia, el redimensionamiento que esta relectura efectúa de los contenidos culturales latinoamericanos es un efecto agregado de una agenda *otra*, que al definirse en el *entre-lugar* conceptual, ideológico y sociocultural que vincula US y América Latina, crea una perspectiva a partir de la cual todos

los componentes comienzan a vincularse de maneras inéditas y autoreflexivas. Y si bien es cierto que este movimiento ha contribuido notoriamente, como indican algunos críticos, a la “mundialización” de American Studies, también es cierto que el mismo está incidiendo de maneras múltiples y a veces sin proponérselo en el modo en que los estudios latinoamericanos se autoperceben en épocas de globalización y, por tanto, de redefinición de agendas regionales.

Al hablar de las *fugas* del latinoamericanismo me refiero también a *Atlantic Studies*, donde se restablece para el caso de América Latina una mirada desde afuera, desde los centros transoceánicos que fueran recorridos por las antiguas metrópolis para afirmar el dominio colonial sobre las nuevas tierras, en tiempos coloniales y posteriores a la independencia. El énfasis está puesto, aquí, justamente, en los tránsitos originados principalmente en África y Europa, que dieron como resultado procesos complejos de transvase económico, político y cultural, creando a ambos lados del océano culturas en las que se registran los efectos del intercambio intercultural tanto como los resultados de las diversas formas de dominación económica, política y cultural que los precediera. El conocido libro *The Black Atlantic* de Paul Gilroy ejemplifica bien esta dirección de estudios donde América puede ser concebida como receptora y procesadora de influjos occidentales y como espacio de transculturación que en muchos casos revierte sobre los poderes, culturas y procesos localizados del otro lado de la extensión oceánica. Aunque Gilroy articula su reflexión en torno al eje de la raza y lo refiere principalmente a los flujos culturales que vincularon el África a Estados Unidos y el Caribe, su noción de *double consciousness*, originada en la teoría de Du Bois, como crítica que alcanza los diversos aspectos de la modernidad, aboga por una concepción también aquí transnacional y fluida de las formas identitarias que surgen de los contactos intercontinentales. Estos estudios, que se nutren centralmente de la teorización poscolonial, son productivos para el caso de América Latina, a la cual iluminan desde la perspectiva de proyectos globales, pasados y presentes, pero a la cual también, a su manera, rebasan, en la medida en que el foco de sus análisis se sitúa en la zona material y simbólica de contacto e influencia intercontinental, y en los desarrollos económicos, políticos, comerciales, comunicacionales, y culturales en sentido amplio, que derivan de aquellas dinámicas.

De una manera similar a la anotada, hago también referencia con el concepto de *fugas* o “migraciones del latinoamericanismo” a los programas de *Studies of the Americas*, en los cuales lo que los especialistas en América Latina estábamos acostumbrados a concebir — para bien o para mal— cómo la *especificidad* latinoamericana se reconecta con una perspectiva hemisférica buscando esclarecer la naturaleza y alcances de un eje vertical, que permita entender los contextos históricos y culturales más allá de las variables de lengua, religión, desarrollo económico, etc, enfatizando en su lugar las condiciones de existencia de conglomerados sociales formados de manera simultánea aunque notoriamente desigual, a partir de la experiencia del colonialismo.⁴ En este caso, la totalidad “americana” vincula América Latina a los Estados Unidos pero con un anclaje fijamente situado en este último, en una perspectiva comparatista o asociativa que muchas veces se establece sin atención a

⁴ Respecto a las bases sobre las que se fundan estos programas de estudios, ver por ejemplo los artículos reunidos en el libro editado por Kaplan y Pease.

lo que las relaciones Norte/Sur han implicado a lo largo de los siglos, ni a los devastadores efectos que la hegemonía estadounidense realizara tanto a nivel económico como en distintos niveles de la política y la cultura latinoamericana. Aunque la tardía autoconciencia de Estados Unidos como potencia imperial alcanza en muchos casos los estudios realizados desde este campo, en muchos casos se sobrevuelan condiciones económicas, políticas y sociales que desautorizan un comparatismo culturalista de superficie, que se legitima con un anexionismo teórico que recuerda otras formas no simbólicas de apropiación y expansión internacional.

Cultures of United States Imperialism (1993) incorpora, por ejemplo, en algunos de sus artículos, autores, obras o aspectos culturales de América Latina, dentro del sistema de relaciones derivadas de las experiencias de colonialismo. La noción de imperialismo es “recuperada” en los estudios de esta colección, en la que se considera que Estados Unidos no ha sido considerado suficientemente como poder imperial en los estudios poscoloniales, ya que estos estudios estarían dominados por la noción *eurocentrista* de poscolonialidad que centraliza y de alguna manera homogeneiza los análisis. Según indica Amy Kaplan

The United States either is absorbed into a general notion of “the West,” represented by Europe, or it stands for a monolithic West. United States continental expansion is often treated as a entirely separate phenomenon from European colonialism of the nineteenth century, rather than as an interrelated form of imperial expansion. (17)

Kaplan visualiza la absorción de Estados Unidos en el paradigma generalizante del occidentalismo, pero propone en su lugar la noción de un americanismo expansivo que absorbe la América latina (casi sin mencionarla) en el imaginario transnacional y transcontinental dominado por la presencia norteamericana. La noción de frontera entendida como límite, separación o margen, es reemplazada por la de *borderlands* con un énfasis en los aspectos multiculturales y transterritoriales que las áreas fronterizas suponen como zonas de negociación, en la medida en que en ellas tiene lugar el conflicto tanto como el encuentro y el intercambio cultural. La integración de aspectos culturales latinoamericanos y, con ellos, el reconocimiento del lugar de la lengua castellana subalternizada por el predominio del inglés son minimizados en estos estudios, que cambian un énfasis por otro, subsumiendo la cultura latinoamericana a los puntos asimilables a la dominante norteamericana.

Finalmente, quizá valdría la pena hacer referencia al contexto general del hispanismo y al campo, más antiguo y menos definido, de los *estudios peninsulares*, que partiendo también de la experiencia del colonialismo —aunque sin capitalizar su negatividad política— se concentran en la resultante de la asimilación que articuló las culturas del “Nuevo Mundo” por lengua, religión e historia, a las metrópolis española y portuguesa. La idea de matriz cultural es, en este contexto, constantemente evocada como lazo indisoluble que mantendría a las culturas americanas ligadas por su raíz con las peninsulares, más allá de las rutas dispares que puedan haber seguido esas culturas a uno y otro lado del Atlántico y de la evaluación que pueda hacerse de aquel traumático vínculo inicial y de sus proyecciones hacia el presente.

La reactivación, de tiempo en tiempo, de un peninsularismo que intenta nuevas formas de reapropiación del “espíritu de la lengua” o del legado hispánico en sus formas

americanas, demuestra que Latinoamérica se mantiene, en más de un sentido, como lugar del deseo, como territorio a conquistar para el fortalecimiento de programas culturales, o para la formalización de un patrimonio transnacionalizado capaz de nutrir con capital simbólico de valor renovado las arcas menguadas de las antiguas metrópolis. Quizá lo mismo pueda decirse de direcciones que desde los Estados Unidos proponen nuevos ejes en los que el espacio cultural latinoamericano aparece nuevamente dentro del *área de influencia* de los centros internacionales que en el contexto de la globalidad crean nuevas formas de hegemonía, penetración teórica y subalternización cultural.

Es significativo, en este sentido, el tema de *la lengua*, que ocupa en las economías académicas e intelectuales un lugar contradictorio: mientras nos movemos decididamente hacia el multilingüismo como efecto de la globalización y la integración cultural, algunas de las tendencias que señalamos como *fugas* de latinoamericanismo recurren a la lengua como dispositivo de perpetuación neocolonialista, mientras que en otros casos se prescinde de ella como si desde el inglés la realidad cultural de América Latina pudiera ser captada sin obstáculos. La noción de “las Américas” pasa a ser entendida, entonces, como una unidad supralingüística y, en este sentido, casi supracultural, o sea como objeto de conocimiento teórico de acuerdo a programas de indagación acotados y autorreferidos. El inglés es en esos contextos el idioma que se propone como la “lengua fuerte” de la teoría y la *lingua franca* de la globalización. El español marcaría el lugar de la historia, y de una realidad empírica —política y social— que muchas de las teorizaciones latinoamericanistas no consideran necesario conocer de primera mano porque el conocimiento que algunas de esas teorías promueven es también, en este sentido, autorreferido, supraempírico.⁵

Desde los territorios del Sur, América Latina responde a estos impulsos de distintas maneras. Unas veces, responde con intentos de apropiación de paquetes teórico-conceptuales elaborados en los grandes centros de la industria cultural, buscando en ellos la legitimación exterior de un latinoamericanismo *in situ* que ha sido tildado de “vernáculo” o “neorregionalista” y, así, descalificado desde localizaciones centrales y supuestamente autolegitimadas. En otros casos, el latinoamericanismo no globalizado impugna las tendencias *en fuga* desde un fundamentalismo cerrado que se refuerza a sí mismo con el borramiento de un afuera que se filtra, sin embargo, por todas las fisuras posibles de la cultura, a nivel lingüístico, comunicacional, estético y político-económico.⁶

Aunque parecería que ninguna de estas dinámicas es nueva, lo es, al menos, el grado de permeabilidad de las culturas, la diversificación de los productores y los públicos culturales, y los recursos renovados de la penetración ideológica. También son nuevas las condiciones de integración transnacional y la crisis ideológica que hace necesario repensar *desde adentro* la posición de América Latina en los nuevos contextos.

Es evidente que los estudios latinoamericanos no podrán ser concebidos, en tiempos futuros, sin la consideración de los aportes y particularidades de las que Román de la Campa aludiera como las “comunidades discursivas” de América Latina —y, por extensión, del latinoamericanismo— a que nos hemos venido refiriendo. También parece claro que en las

⁵ Sobre el lugar del castellano con respecto al inglés en la academia norteamericana ver Avelar, Alonso, Resina, Pastor.

⁶ Ver, por ejemplo, Rojo, como el intento de una reacción “vernácula” a ciertas tendencias del latinoamericanismo internacional.

dinámicas presentes y futuras de análisis e interpretación cultural América Latina deberá mantener, en gran medida, su condición histórica de *territorio asediado y en resistencia*, en busca de bases sólidas y propias de auto reconocimiento y autorrepresentación, más allá de las imposiciones neocoloniales que se delinear en el contexto de la globalidad. Y en estas luchas representacionales, será esencial el modo en que se juegue el papel de la lengua en los diálogos entre Norte y Sur, cultura letrada y culturas orales, teoría e historia, donde la preeminencia del inglés amenaza con superponerse a la hegemonía latinoamericana del castellano, creando nuevos palimpsestos de poder en el campo del latinoamericanismo, como en una metáfora elocuente de los flujos y posicionamientos materiales y simbólicos del “nuevo orden” mundial.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, Carlos. “Cultural Studies and Hispanism: Been There, Done That”. *Siglo XX/20th-Century* 14/1-2 (1966): 137-151.
- Avelar, Idelber. “The Clandestine Menage a Trois of Cultural Studies, Spanish, and Critical Theory”. *Profession* (1999): 49-58.
- Barthes, Roland. “Jeunes Chercheurs”. *Le Bruissement de la langue*. Paris: Le Seuil, 1984. 97-103
- Campa, Román de la. *América Latina y sus comunidades discursivas*. Caracas: Celarg/ Universidad Andina “Simon Bolívar”, 1999.
- Gilroy, Paul. *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1993.
- Kaplan, Amy y Donald E. Pease. *Cultures of United States Imperialism*. Durham: Duke University Press, 1993.
- Pastor, Beatriz. “Realidades entreveradas y nuevo latinoamericanismo”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 50 (1999): 59-80.
- Resina, Joan Ramon. “Hispanism and Its Discontents”. *Siglo XX/20th-Century*. 14/1-2 (1966): 85-135.
- Ramos, Julio. “Genealogías de la moral latinoamericanista: el cuerpo y la deuda de Flora Tristán”. *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales*. Mabel Moraña, ed. Pittsburgh/Santiago de Chile: IILL/Editorial Cuarto Propio, 2000. 185-208.
- Rojo, Grinor. “Crítica del canon, estudios culturales, estudios poscoloniales y estudios latinoamericanos: una convivencia difícil”. *Kipus* 6 (1997): 5-17.
- Saldívar, José David. *The Dialectics of Our America. Genealogy, Cultural Critique, and Literary History*. Durham: Duke University Press, 1991.
- _____. *Border Matters. Remapping American Cultural Studies*. Berkeley, Los Angeles: University of California Press, 1997.
- Sandoval-Sánchez, Alberto. “Puerto Rican Identity Up in the Air: Air Migration, Its Cultural Representation, and Me Cruzando el Charco”. *Puerto-Rican Jam: Essays on Culture and Politics*. Frances Negrón-Montaner y Ramón Grosfogel, eds. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1997. 189-208.
- Yúdice, George. “Estudios culturales y sociedad civil”. *Revista de Crítica Cultural* 8 (1994): 44-53.